

Reacción contra los anavim. Manasés y Amón

Murió Ezequías a los cincuenta y cuatro años de edad y después de veintinueve de reinado. Se desconoce dónde le enterraron. Desde aquella época se abandonó la antigua sepultura de los reyes de Judá. Quizá presentase algunas huellas de paganismo, y los puritanos creyeron un

deber ocultar la entrada. Isaías falleció probablemente antes que el rey de quien había sido consejero.

Menasé (al que suele llamarse Manasés), sucesor de Ezequías, tenía doce años cuando subió al trono. Su madre se llamaba Hefsi Rab, o sea, *Mi deseo está en ella*. Reinó Manasés cincuenta y cinco años en Jerusalén (696-641), y lo único que se conoce de él es que su conducta fue totalmente opuesta a la de su padre. Los odios acumulados por el reinado absoluto de los *anavim* fructificaron. El partido de la gente mundana, los *lecim*, que, sin ser impíos, habían sido molestados por los hipócritas, adquirió de nuevo la superioridad. La falta de documentos no nos permite afirmar una conjetura sobre el modo de verificarse esta revolución muy conforme con las leyes generales de la Historia. La corta edad de Manasés debió de ser la causa principal. Sobresalió la influencia de Hepi Bah, y las mujeres, sobre todo la reina, no debían de ser favorables al movimiento de los profetas. Estos miserables sórdidos no podían ser muy simpáticos a las personas bien educadas. Además, los profetas eran contrarios a las concupiscencias femeninas. Ya hemos visto que Isaías trataba a las mujeres muy duramente. Las grandes religiones semíticas organizadas son siempre para hombres y no para mujeres.

Las clases dirigentes, especialmente los militares, recuperaron su influencia. Los sectarios que habían obtenido el favor de Ezequías y que no tenían ya a su jefe Isaías, se encontraron, muerto el rey, expuestos al odio de los que habían sido maltratados por ellos. El temporal fue bastante recio. El partido opuesto a los *anavim* llegó en masa al poder. La carencia de instituciones judiciales permitía una terrible arbitrariedad. Los pleitos a la puerta de la ciudad eran, como las acusaciones contra el *agora* en las ciudades griegas, una amenaza incesante contra todos. El primer deber de Jehová es salvar de la justicia a sus servidores. El falso testimonio era cosa común, y el partido dominante tenía de esta manera entre sus manos la vida de sus adversarios. Los fanáticos habían utilizado todos los medios en su época triunfante para deshacerse de sus enemigos. Los libertinos, al conseguir el poder, hicieron lo mismo con sus antiguos opresores.

Se ignora exactamente hasta qué punto llegaron las violencias. Posiblemente ciertos predicadores celosos expiaron los actos abusivos cometidos en tiempo de Ezequías, y algunos santos fueron víctimas de su celo intemperante; pero ya se sabe con qué facilidad se quejan los fanáticos cuando alguien se resiste a su fanatismo. Los fanáticos acostumbran a quejarse de verse oprimidos cuando no son los dueños. Lo que más aborrecen es la tolerancia. Prefieren ser molestados a ser igualados con los que creen en el error. Siempre se hace mal en perseguirlos, pero normalmente corresponde a sus provocaciones gran parte de culpa en las desgracias que les ocurren.

Lo que sí es cierto es que fueron enérgicamente reprimidas las violencias de lenguaje de la escuela profética, y que Manasés practicó en realidad la tolerancia, sin dar privilegios al culto de Jehová y dejando practicar libremente los ritos paganos proscritos por su padre. Manasés no se limitó a dejar a cada uno de sus súbditos venerar a Dios a su gusto. Parece que también fue ecléctico en religión. Dentro del recinto del templo

de Jehová levantó altares a Baal y a los dioses extranjeros. Se le acusó de haber sacrificado en el fuego a su hijo mayor, como holocausto a Jehová o a Moloch, indudablemente en algún peligro extraordinario a que se vio expuesto. Al parecer, tomó vigor entre los judíos en el siglo VII esta odiosa costumbre de los antiguos pueblos semíticos. En el valle de Hin-nom, al Sur de Jerusalén, junto a la Puerta de la Alfarería, había como unos arrecifes en los cuales existía una hoguera de Moloch casi permanente. Los gritos de los niños horrorizaban. La gente que se repetaba apartábase de este sitio o escupía en él al pasar, de modo que se le llamó *Topheth* o escupitajo. A los jehovahistas reformadores les horrorizaban aquellos ritos y sostenían que nunca había ordenado Jehová nada igual.

Manasés también contrarió a los ortodoxos con su inclinación a la adivinación y a la brujería, cosas que los jehovahistas puros consideraban nefandas. No se habla en tiempo de Manasés de ningún profeta que se ocupara de los asuntos interiores del reino, como lo habían hecho Isaías, Miqueas, Oseas y Amós. Nahum, el único profeta de aquel tiempo, es más bien un publicista profano, sin tendencias mesiánicas ni morales.

Lo peor para la conciencia del verdadero israelita consistió en que la crisis fue excesivamente larga. Duró cerca de setenta y cinco años, pues el reinado de Amós y los primeros años del de Josías tuvieron el mismo carácter que el de Manasés. Pareció que el profetismo quedaba en silencio durante todo este tiempo. Fue necesaria la extremada tenacidad del espíritu hebreo para no ceder a una tentación que atacaba el propio fundamento de sus creencias. ¿Qué decir de un Dios que no disponía más que de la vida presente para recompensar a sus fieles, que los abandonaba a sus enemigos que menospreciaban su honor, y se dejaba burlar por los mismos que le negaban? Sin lugar a dudas, dormía. «¡Levántate y despierta Jehová!», es el grito de aquel tiempo. El tesoro concentrado de tristeza y de odio que creó la prolongación de esta situación antinatural fue el alma de una serie de salmos concebidos según un espíritu nuevo. Su autor aparece siempre como angustiado, abandonado por Dios, rodeado de malvados, víctima de las burlas de la impiedad triunfante. Dichos salmos sustituyen en parte a los profetas, que no había entonces; pero en ellos se ve la rabia de los *anavim* humillados, y su ira contra los mundanos.

Una prueba semejante habría sido superior a las fuerzas de cualquier otra raza. En cualquier otro pueblo se habría abandonado a un Dios que de tal modo no cumplía sus promesas. El principio de la justicia intermitente de Jehová lo salvó todo. Jehová se adormece en ocasiones. Su justicia sólo se ejercita en ciertos días, mediante revoluciones súbitas, en que todo se remedia. Si verdaderamente hubo mártires en tiempo de Manasés, debieron morir rabiando. En esta época no se ven aparecer las ideas de resurrección y reinado de los mártires, que en tiempo de Antíoco Epifanio fueron la escapatoria de una situación desesperada. El *anav* pobre, desdeñado por los poderosos del mundo, se consolaba pensando en las causas que tenía para no envidiar a los afortunados adversarios: su prosperidad no duraría... el justo es más dichoso en su tranquila medianía... acabaría por poseer la tierra... no ha habido un justo absolutamente pobre, etc.

El israelita piadoso intentaba hacer comprender a Jehová que su interés bien entendido le aconsejaba no abandonar a sus servidores. Israel sufrió todas las torturas antes que aceptar la idea que todas las demás religiones han adoptado fácilmente: la vida después de la muerte. Todas las reparaciones de ultratumba le parecieron ilusiones hasta que la suerte de los mártires las impuso en tiempo de los Macabeos como una necesidad. Las angustias del tiempo de Manasés, aunque terribles, no fueron bastante fuertes para que Israel titubeara en lo que le parecía de una evidencia absoluta.

Quizá deba atribuirse a esta época de dificultades extraordinarias el libro que echó los primeros cimientos de la leyenda de Daniel. Ezequiel, en 590, coloca a Daniel entre los hombres perfectos, con Noé y Job. El libro que dio fama a este personaje no es el que tenemos hoy. El Daniel primitivo, como lo indica su nombre, combinado con los pasajes de Ezequiel, era un sabio que demostró en sus juicios la sabiduría de Dios mismo. Historias como la de Susana, que da por supuesta la imposibilidad de que Dios deje condenar a un inocente, son muy propias del tiempo de Manasés. El principio de que Dios tiene medios para impedir que los inocentes sean víctimas, es también muy propio de Job y de los salmos anavitas. El libro se perdió pronto, pero las historietas de sagacidad judicial se conservaron oralmente. En la época de los Macabeos se reanudó el sistema antiguo, aplicándole las ideas vigentes entonces.